

REQUIEM POR LUIS SEOANE

XESUS ALONSO MONTERO

LUIS Seoane acaba de fallecer. Sucedió, a los sesenta y nueve años de edad, en La Coruña la noche del 5 al 6 de este mes de abril. Ciertamente, Galicia no se ha conmocionado, pero pocas veces Galicia ha perdido un intelectual de la estatura, de la curiosidad, de las dimensiones y de la actividad de Luis Seoane. No hay en esta afirmación, parca en todo caso, concesión alguna a los tópicos habituales en una crónica necrológica.

Otra cosa es que el pintor Seoane —su faceta más conocida—, que conquistó hace tiempo un nombre de primer orden en las galerías más exigentes de Buenos Aires, suene menos en España y aun en Galicia, su patria y su pasión. Acabo de mencionar a Seoane como pintor, lo cual constituye una grave mutilación. Hay que decir el artista plástico con un "curriculum" de pintor, de grabador, de dibujante, de ilustrador de libros y de ensayador o iniciador de no pocas técnicas y modalidades artísticas.

A Seoane, una personalidad siempre a la búsqueda de formas de expresión, no le basta el lenguaje plástico, y en 1952, ya un artista consagrado, escribe un libro de poemas. Se titula "Fardel de exiliado", título que, en parte, puede desorientar al lector. El autor, exiliado en Buenos Aires desde el comienzo de la guerra civil, no escribe un alegato político contra el franquismo o contra la Galicia oficial, responsable de su éxodo y del de tantos y tantos demócratas. Seoane, desterrado político, vive en una tierra, la Argentina, donde miles y miles de gallegos humildes, pobres y semianalfabetos trabajan y luchan por un pedazo de pan o por un trozo de dignidad. Esta gesta no contada ni cantada empezó en el siglo XVIII con aquellos centenares de gallegos a los que el virrey ordenó el poblamiento de una parte de la Patagonia. Seoane, desterrado político, no escribe un libro sobre su problema ni sobre el problema general del exilio; Seoane va más a la raíz: escribe la gesta de esa muchedumbre de gallegos, víctimas, antes y después de 1936, de una determinada organización social. Hay un poema en este volumen, "As forzas vivas", en el que se señalan los responsables y beneficiarios de esta situación histórica, responsables, muy concretamente, de la vieja sangría que es la emigración gallega. Los "héroicos" de Seoane son trabajadores humildes como Ramón Carnadas o Ramón Rodríguez Iglesias. Esta emigración, sin tizonas y rocinantes, y vista desde dentro, desde una solidaridad íntima, acaba de encontrar su cronista y, de alguna manera, su poeta épico.

Libro tal era inconcebible en la Galicia metropolitana, en el exilio interior. Piénsese que un libro de filosofía muy próxima, "Longa noite de pedra", de Celso Emilio Ferreiro, no se publicó en Galicia hasta 1962, diez años después.

He aquí por donde el intelectual Seoane, para muchos sólo un artista plástico, se nos convierte en un poeta que, a comienzos de la década del 50, escribe desde unas coordenadas impensables en la Galicia de Arias Saizgado. En el exilio publicará dos libros más ("Na brétema, Santiago" y "As cicatrices"), y en 1972, su último libro poético ("A maior abundamento"). Los críticos estudia-

rán en su día sus novedades y sus zonas auténticas (evidentes), y señalarán, de todos modos, en su gallego algunas formas artificiales a las que no se sustrajeron otros importantes escritores nuestros. En todo caso, disponemos desde 1975 de un libro interesante, "Luis Seoane: su obra poética y su importancia en la literatura gallega actual", tesis de licenciatura de la investigadora francesa Francine Sucarra.

La ocasión y el espacio no consienten la menor glosa de otras facetas, ni siquiera una breve referencia a su asombrosa erudición sobre la historia de Galicia, una erudición viva, cálida, actuante, erudición de la que ha dejado algunas muestras en un libro, en centenares de artículos y millares (sic) de intervenciones radiofónicas.

Sabido es que en la década del 40 y del 50 una gran parte de la cultura gallega (libros, revistas, certámenes, premios, homenajes, debates, manifestos...) tuvo que realizarse en la Galicia exterior, especialmente en Buenos Aires. En esta ciudad, la más populosa de las ciudades gallegas, vivían, como exiliados o como emigrantes, Castelao, Rafael Dieste, Suárez Picallo, Eduardo Blanco Amor, Emilio Pita, Lorenzo Varela, Antón Alonso Ríos, Arturo Cuadrado, Ramón de Valenzuela, Núñez Búa... Podemos afirmar, sin hipérbole alguna, que en una buena parte de la cultura gallega hecha, organizada, canalizada o impulsada en Buenos Aires está presente, de un modo o de otro, la mano, la inteligencia, la pasión y la eficacia de Luis Seoane. Bastaría mencionar la creación de colecciones como "Dorna", "Hórreo", "Pomba" y "Camino de Santiago", o las editoriales "Citanía" y "Botella al mar". Gracias a este esfuerzo se llevaron a cabo tareas indispensables para la pervivencia de la cultura gallega: reedición de los clásicos del XIX (Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Eduardo Pondal, Lamas Carvajal), reedición de las grandes voces del XX (Manuel Antonio), edición de libros impensables en España ("A esmorga", de Blanco Amor).

Tales libros, sorteando mil obstáculos, llegan a Galicia e influyen lo suyo en la creación de la conciencia galleguista de la década del 50. Los no gallegos de Buenos Aires encuentran en estas colecciones temas, actitudes y autores (Francisco Sánchez "el Escéptico", Feijóo, Sarmiento, Murguía, Concepción Arenal, Nvoa Santos...) gracias a los cuales Galicia empieza a ser entendida y estimada de otra manera. El gran embajador de esta Galicia (por su saber y por su sentido de lo que era importante para los otros y necesario para nosotros) fue Luis Seoane.

Puntualicemos que una de estas empresas editoriales, "Botella al mar", nombre sugestivo si los hay, que dirigió Arturo Cuadrado, no se limitó a lo gallego, sino que incorporó desde la traducción castellana de los poemas metafísicos de John Donne a un libro de Miguel Ángel Asturias entonces (1951) insospechable: "Ejercicios poéticos en forma de soneto sobre temas de Horacio". Me consta que algunos importantes poetas de la Argentina de hoy se estrenaron en esta editorial, es decir, fueron descubiertos, de alguna manera, por Luis Seoane y Arturo Cuadrado.

Dentro de las empresas de Seoane sería imper-



donable no mencionar la revista "Galicia emigrante" (1954-58), en la que colaboraron, a veces con seudónimo, escritores de la Galicia metropolitana muy necesitados de tribunas libres. Algunas de las "empresas" aquí mencionadas, una parte de los "trabajos y los días" de Seoane están vivamente referidos en un libro de Víctor F. Freixas: "Unha duca de gallegos".

Luis Seoane es algo más, mucho más que "sus" cuadros, "sus" poemas, "sus" dibujos... Luis Seoane es, por todo lo dicho, un capítulo de la cultura gallega. No hay hipérbole ni imprecisión.

Una obra como la de Seoane, un capítulo de nuestra historia como el protagonizado por Seoane, deben ser entendidos como un trabajo en el que hay manos amigas y colaboradoras. Algunas, y selectas, hubo: Lorenzo Varela, Rafael Dieste, Arturo Cuadrado, Isaac Díaz Pardo (quien es, en la Galicia de aquí, otro capítulo de nuestra mejor historia). Es de elemental justicia destacar, y con mayúscula, la presencia, muchas veces muda, de Maruxa, su mujer, la compañera en la que encontró la más machadiana de las hospitalidades. Hombre, Seoane, de permanente energía creadora y de prontos no siempre apacibles necesitaba una Zenobia como su compañera Maruxa.

Galicia, ni siquiera la más sensible, es consciente de la estatura y de las dimensiones del intelectual que acaba de morir. Tampoco es consciente con precisión del papel jugado por este animador y concienciador cultural en unos años tan difíciles y tan tenebrosos para Galicia y su cultura.

De todos modos, cinco días antes de su muerte, el domingo día 1 de abril, Seoane fue objeto de un clamoroso y emotivo homenaje. Ese día Rafael Alberti, que recitaba en La Coruña por primera vez en su vida, declamó, con un magisterio que los años no disminuyen, el poema titulado "Luis Seoane" de su libro "A la pintura". Apenas dichos los últimos versos ("y siempre, en su paleta, / una nostalgia quieta, / y el mar!"), casi tres mil personas prorrumpieron en una ovación muy superior a la originada por otros poemas: era el homenaje, el primero a la altura del homenajeado, a un intelectual para quien expresarse equivalía a afirmar la dignidad de su pueblo. ■